



Juan A. Ortega y Medina

“El Humboldt de José Miranda”

p. 211-222

Juan A. Ortega y Medina

*Obras de Juan A. Ortega y Medina, 4. Humboldt*

María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer (edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas/

Facultad de Estudios Superiores Acatlán

2015

344 p.

Mapa

ISBN 978-607-02-4263-2 (obra completa)

ISBN 978-607-02-6960-8 (volumen 4)

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/644/humboldt.html>

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

# ARTÍCULOS



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

COMUNIDAD

## El Humboldt de José Miranda

213

Este libro del doctor José Miranda corona toda una seria investigación de varios años en torno al *Ensayo novohispano* y a la figura del gran viajero y científico prusiano Alejandro de Humboldt.<sup>1</sup> Un sustancioso adelanto de este libro (“El *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*. Razón, entidad, trascendencia”) fue recogido en el volumen conmemorativo, intitulado *Ensayos sobre Humboldt*, publicado por la Facultad de Filosofía y Letras (1962), y anteriormente había sido expuesto como conferencia o lección en los Cursos de Verano (1959) organizados por dicha Facultad para honrar la memoria de Humboldt en el centésimo aniversario de su tránsito. Asimismo apareció en 1960, publicado en Berlín por la Academia Alemana de Ciencias, una comunicación académica, traducida al alemán, del profesor Miranda (“Alexander von Humboldt. *Politischer Versuch über das Königreich Neuspanien*”), en la que se utilizan algunas de las ideas de la lección y libro citados. Algo semejante se puede decir de otra comunicación del mismo profesor, *Les Indiens Mexicains vus par Humboldt*, publicado en 1960 en París por la Société des Americanistes, en la cual se adelantan también algunos de los tópicos y temas referentes al indígena, los cuales tendrían poco más tarde su lugar adecuado dentro del contexto de la obra que nos ocupa.

<sup>1</sup> José Miranda, *Humboldt y México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Historia, 1962, 241 p.

Como en este libro último de Miranda, *Humboldt y México*, insistamos en ello, están recogidas las dos comunicaciones citadas, así como la conferencia antes aludida, nos referiremos a los temas que ellas tocan al hacer el análisis crítico general del libro. Consta éste de cinco partes y una introducción: en 15 breves páginas nos da el autor su definición de la ilustración (“una inmensa e inefable fe en el poder transformador y regenerador de la razón”) (p. 12) y de lo que él llama “la reapertura del mundo español” o su reincorporación al mundo europeo ilustrado por la mano borbónica de Francia. La primera parte, que trata del personaje México y del siglo XVIII novohispano (65 páginas), es un sinóptico y luminoso resumen del proceso de adopción y adaptación de la ciencia y filosofía iluministas a la Nueva España por obra y gracia del despotismo ilustrado y de las nuevas ideas y técnicas utilizadas por los mejores hombres hispánicos de entonces: militares, marinos, viajeros, funcionarios (civiles y militares), ingenieros, mineros, artistas, botánicos, etcétera. Miranda se detiene a considerar la difusión lograda por la filosofía y la ciencia modernas en la Nueva España, y tenemos justamente que hacer destacar la habilidad que demuestra en concentrar y utilizar las ideas y noticias elaboradas modernamente por Navarro, Junco, Pérez Marchand, Casanova, etcétera, junto con las suyas propias obtenidas tras prolijas investigaciones por los archivos y bibliotecas del país y del extranjero. Miranda hace destacar el papel brillante representado por los jesuitas y filipenses en la Nueva España, por lo que toca a las aportaciones de éstos para el desarrollo de la filosofía moderna; y por lo que se refiere a la difusión de la ciencia moderna subraya que la llegada precisamente de Humboldt y sus publicaciones americanistas posteriores marcan con claridad la altura alcanzada en el mundo novohispano por los trabajos y estudios científicos de los sabios del país y de los enviados por la metrópoli (españoles y extranjeros). Es decir, el éxito impresionante de Humboldt se explica, según Miranda, y está en lo cierto, por la obra científica previa de estos hombres animados por el espíritu de progreso de su siglo y por la actividad gubernamental de las autoridades españolas supremas, así como por la de buen número de virreyes ilustrados (p. 49-83). Además el propio Alejandro de Humboldt reconoció e hizo público en más de un lugar de su obra la deuda contraída con los sabios del virreinato.

La segunda parte (11 páginas en total) está dedicada a la presentación del segundo personaje de este drama histórico, político, económico, sociológico e intelectual; es a saber de Humboldt, de su formación y personalidad.

Miranda nos remite a las ya conocidas y muy saqueadas biografías de Bruhns y De la Roquette, y por mismo se limita a destacar el sentido general de la formación de Alejandro de Humboldt y a proporcionarnos ciertos rasgos de los que él estima que constituye la personalidad de éste. Lo que interesa a Miranda es la comprensión de las relaciones intelectuales entre el viajero ilustre y México; entre los dos personajes de su drama, según escribimos arriba. Humboldt es, pues, visto como un hombre ilustrado (p. 95), un hombre racionalista y humanitarista; mas por lo mismo será también un hombre liberal, laico y científico. Esta conformación esta reforzada por un espíritu inclinado excesivamente a la lisonja más o menos interesada, por un excelente don de gente, por un afable y sincero trato y por una afición extremada por la ciencia experimental, aunque sin llevar sus investigaciones en profundidad sino más bien en extensión: “nunca constituyó su fuerte –escribe Miranda– el análisis exhaustivo, ni la verificación escrupulosa, ni la persecución insistente” (p. 89). A estos defectos hay que sumar asimismo una chocante inmodestia, una vanidad excesiva y una red de alabanzas nunca saciada; aunadas, eso sí, a un gran talento y a una actividad incesante. Todos estos defectos y virtudes hay que sumarlos también a su ya conocida precipitación en las conclusiones, como lo muestran los trabajos americanos de Humboldt (p. 89) en general y en particular el dedicado a México.

En la tercera parte (a la que corresponden 11 páginas) dramatiza Miranda el encuentro casi predestinatorio de México y Humboldt sobre el escenario geográfico-histórico novohispano. Resulta curioso que el autor haya recurrido a este añejo dispositivo histórico-teatral y veladamente romántico para exponer sus ideas. El punto culminante de esta parte del libro lo constituye la acogida cordial de los sabios novohispanos y la aparición por entregas, cuatro años más tarde (1808), del *Ensayo político*. A continuación Miranda nos describe brevemente los viajes de Humboldt por Sudamérica y México: nos habla de la estancia del sapiente viajero en la capital novohispana; del círculo refinado de sus amistades y colegas, así como de la acogida abierta de sus “compañeros naturales”, los sabios más destacados de entonces. Aquí insiste el crítico en subrayar nuevamente el típico rasgo humboldtiano: sensibilísimo a los elogios, excesivamente lisonjero para sus colegas, en especial cuando estaba interesado en obtener de éstos algún dato importante (p. 105). Ahora bien, Miranda exonera con justicia al ilustre barón, supuesto que éste también se mostró más de una vez generoso en el intercambio de datos (p. 104).

La cuarta parte, cuantitativa y cualitativamente la más importante y medular del libro –y por lo que se refiere a lo primero abarca 114 páginas, poco más que la suma total de las que comprende el resto– se refiere al desenlace o resultado del encuentro de los dos personajes y al análisis crítico del *Ensayo*. Comienza Miranda haciendo un rápido examen del famoso *Atlas* y sobre todo del comentario o análisis razonado del mismo, que a modo de introducción geográfica apareció antepuesto al *Ensayo político*. El autor no se explica por qué Humboldt agregó su valioso comentario al *Ensayo* y lo eliminó del *Atlas*, donde era el lugar más adecuado (p. 111); nosotros tampoco nos explicamos el hecho, salvo que Humboldt y el editor, al proceder así, se asegurasen de antemano la venta de ambas obras por la vía de la astuta y obligada complementación. La segunda edición francesa (1811) del *Ensayo* en octavo, incluye el comentario, y elimina el *Atlas*, aunque se insertan algunos de sus planos y mapas a escala reducida. Miranda considera importantísimo el citado comentario geográfico no sólo por las razones que allí expone Humboldt, sino también por el reconocimiento expreso de su deuda intelectual novohispana, la cual nos permite conocer y medir el nivel científico, especialmente en cartografía, alcanzado por los geógrafos hispánicos. Se acerca el crítico a las *Tablas*, la primera obra mexicana de Humboldt, y estima muy inteligentemente que ellas fueron el germen o punto de partida para la concepción y realización del *Ensayo*, que en definitiva no viene a ser sino la ampliación progresiva y extensiva de las *Tablas* originales (p. 114). Apuntado esto, pasa el doctor Miranda al estudio sistemático del *Ensayo*, y para facilitar su tarea y facilitar la de los lectores divide y subdivide, con meticulosidad profesional, su material crítico de manera conveniente.

Trátase en primer lugar de la “entidad” del *Ensayo*, entendida ésta en la doble justipreciación ilustrada de lo científico y de lo moral-político. Un estudio de esta clase –pensamos nosotros– resultaba sorprendente supuesto que Humboldt no tenía un modelo iluminista que recrear o copiar, a pesar del enciclopedismo dieciochesco que a tantas cosas dirigió sus inquisitivos ojos. La sección siguiente de Miranda trata de la “elaboración, redacción y edición” del *Ensayo*, y nos pone una vez más en primer término la importante deuda de Humboldt a cuenta de la gran cantidad de materiales novohispanos que se le facilitaron. El mérito especial de Humboldt, prosigue el crítico, consiste en la manera como ordenó y utilizó todos los informes (las estadísticas fundamentales) e hizo hablar a las cifras. Por lo que se refiere al contenido del

*Ensayo*, Miranda hace destacar las ideas generales que lo presiden, las cuales, convenientemente extractadas y agrupadas, presenta así: orden natural, sociedad fundada en el orden natural, libertad social, política y económica, fisiocratismo, humanitarismo e igualitarismo radicales, antiesclavismo y antiservilismo. Humboldt se muestra asimismo partidario del progreso y, por supuesto, del correlato del mismo: civilización, cultura y bienestar económico-social. El profesor Miranda reconoce, con todo, que para nuestro tiempo el *Ensayo* resulta envejecido en lo relativo a la estadística y descripciones; pero que aún es valioso desde el punto de vista interpretativo y estimativo en los renglones que conciernen a la geografía, la economía general y la agricultura, la industria, la minería, el comercio, la sociedad y la revolución de independencia. Ahora bien, dentro de tales tópicos los más estimables son los que se refieren a la minería y a la geografía novohispanas, siguiendo Miranda en este último punto el meritorio trabajo de Stevens Middleton (*La obra de Alexander von Humboldt en México*) publicado por el Instituto Panamericano de Geografía e Historia en 1956. En relación con el problema social, Miranda se detiene en el examen que hace Humboldt de los indios mexicanos y sostiene que la visión humboldtiana se acerca a los puntos de vista, al respecto, de Mendieta, Palafox y Clavijero (p. 151); es decir que Humboldt, más que observar por sí mismo la realidad indígena, acepta las opiniones de tan ilustres antecesores y suma a ellas ciertas opiniones interesadas, vulgares y estereotipadas que corrían por la colonia. En el examen del aspecto social Humboldt denunciará lealmente los males que se derivaban de la desigualdad económica y social; males hondos y terribles que ponían en peligro a la propia clase española criolla cuyo bienestar presente y futuro estaba ligado estrechamente al de la clase indígena. Sobre el asunto de la revolución de independencia y el porvenir de México, Miranda señala que si bien en lo económico (minería y agricultura) el panorama se presentaba risueño, no ocurría lo mismo con el panorama social, que se ensombrecía aún más de suyo por los negros nubarrones de la explotación y de la injusticia que descargaban particularmente sobre las castas y los indios (p. 26).

En el apartado “D” de esta cuarta parte del libro examina el autor la crítica tejida en torno a Humboldt, a quien se le atribuye un reconocimiento interesado hacia la corona española, que le llevó a ocultar o disimular los vicios sociales novohispanos. A esta insinceridad del viajero hay que sumar, según sus críticos, la prolijidad y desorden del relato, así como la incoherencia ar-

gumental (p. 168). Miranda acepta gran parte de estas y otras censuras; pero no accede a que la insinceridad sea atribuible al agradecimiento de Humboldt para con la corona de España (p. 175-176); en realidad, pensamos nosotros, los extranjeros atacaban a Humboldt por no haber descubierto y hecho públicos *todos* los defectos apriorísticos que ellos querían ver comprobados. Entra a continuación el estudio de la difusión del *Ensayo* entre las principales lenguas europeas de entonces, y se considera asimismo el *saqueo* a que fue sometida la obra (Miranda lo llama “aprovechamiento”) para pergeñar extractos, hacer copias y editar refundiciones. Muy atinadamente el autor se expresa así: “El *Ensayo político* fue, en verdad, pródigo bosque comunal que a todos abasteció de sus variados y abundantes productos” (p. 180). Subraya también el profesor Miranda el valor que como fuente informativa tuvo el *Ensayo* para algunos gobiernos europeos y particularmente para el norteamericano. Desde el punto de vista de su trascendencia la obra de Humboldt ponía en manos de los hombres cultos y de los políticos un arma eficaz de conocimiento y de penetración para el futuro inmediato, como lo ejemplifica Miranda con el propio Jefferson, interesado más que nadie en conocer por boca y manos del mero Humboldt las condiciones sociales y políticas de la Nueva España, así como las informaciones más exactas sobre los territorios fronterizos en disputa en los límites con Luisiana (p. 135-136). Por cierto que nos parece que el doctor Miranda no ha querido sacar todo el partido que nosotros creemos que él podría haber sacado de la interesantísima correspondencia cruzada entre Jefferson y Humboldt. Esta correspondencia, en parte impresa, ha sido examinada por el autor; pero también lo ha sido la inédita que se conserva en la Biblioteca del Congreso en Washington, junto con las demás piezas manuscritas del archivo del prócer estadounidense. No sabemos a qué se haya debido la excesiva prudencia de Miranda; pero cualesquiera que sean sus razones, el hecho es que casi con seguridad nos ha privado de conocer ese diálogo de altura que tan decisivo fue para el destino del México independiente. El conocimiento crítico de este material epistolar nos hubiera permitido situar a Humboldt en el lugar que con toda justicia le corresponde, o mejor, correspondería como hombre progresista y romántico para quien el modelo liberal de gobierno era (o mejor sería) la América de Jefferson y no el de la teocrática Nueva España. Es decir, tendríamos acaso un Humboldt menos estatuariamente estereotipado que el que tenemos; un Humboldt descendido de los pedestales que la fama y la beatería discursiva le han labrado en México; en

suma un Humboldt más real, más peligrosamente auténtico, más fincado en tierra.

Otra trascendencia más restringida posee, según Miranda, el *Ensayo* en relación con el desenvolvimiento económico del país y con la formación de la conciencia nacional. Como en otra ocasión ya dedicamos nuestra atención crítica al primer punto,<sup>2</sup> que amablemente puso el autor en nuestras manos, en copia todavía mecanográfica, que se refería fundamentalmente a la historia de las inversiones extranjeras (en especial las inglesas) en las minas de México, y al deslinde de la responsabilidad en que incurrió Humboldt como promotor o consejero en tales inversiones, nos excusamos de repetirlo aquí, y dedicamos nuestra solicitud al segundo punto trascendental arriba enunciado. El *Ensayo* vino a confirmar y dar pábulo al optimismo criollo, vino a robustecer y agigantar la fe que tenía en el brillante y futuro destino patrio; era, pues, el *Ensayo* un “encendido canto a las posibilidades materiales de la nación” (p. 202). Empero los criollos, asegura Miranda, no escucharon o no quisieron escuchar los graves reparos que ponía Humboldt al sistema económico imperante ni los reparos aun más graves que ponía al orden social (p. 206): “el *Ensayo político* –afirma inteligentemente Miranda– no autorizaba el menor optimismo. Bien mirado, más mucho más había en él para preocupar que para entusiasmar” (*idem*). El caso fue que la obra de Humboldt se convirtió en México en la autoridad informativa extrema, en el libro más leído, comentado y citado cuyo influjo sobre los prohombres mexicanos del periodo inmediato posterior a la independencia dejó de sentirse inmediatamente. Sin embargo, Miranda reduce dicha influencia puesto que tales prohombres participaban de las mismas ideas y formación ilustradas que Humboldt y, al igual que éste, habían viajado por Europa, recibido las mismas luces y estudiado estadística; es decir los Alamán, Zavala, Mora, etcétera, se habían puesto al día en materia de conocimiento intelectual. Fundado en esto el autor rechaza que el historiador transterrado Carlos Pereyra sostuviese que el *Ensayo político* “fue el inspirador de Mora, de Alamán, de Zavala y del doctor Mier”, dado que ninguno de ellos “declara haberse inspirado en esa obra, aunque ninguno dejara de utilizarla” (p. 212-213). Y como por lo que toca a las fuentes, éstas fueron las mismas para dichos mexicanos como para Humboldt, considera Miranda in-

2 Véase nuestro *Humboldt desde México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1960, p. 203-207, 282.

sostenible la afirmación pereyriana (*ibid.*). Nosotros estimamos que el doctor Miranda toma aquí la palabra “inspirador”, utilizada por Pereyra, en un amplio sentido genérico y no en el más restringido de sugerir ideas o especies para la composición de una obra literaria o artística, que sin duda fue lo que tenía en su mente Pereyra al expresar que el *Ensayo* “fue el inspirador” de tales autores; y esta certeza nuestra está además respaldada por los numerosos pormenores que el historiador saltillense incluye en su *Breve historia de América* cuando se refiere a la cultura ilustrada criolla de Iberoamérica. Personajes y obras son considerados como productos de la nueva filosofía dieciochesca ilustrada y el mismo Humboldt aparece sólo como confirmador de los extremos alcanzados. Además, el propio Miranda se considera en el caso obligado de averiguar “cuál fue la consideración que mereció el *Ensayo* en los más prestigiosos autores o pensadores mexicanos [y cuál fue] también el grado en que éstos se sirvieron de dicha obra” (p. 213). Pues bien, la averiguación del autor da por resultado la confirmación del verbo “inspirar” en la acepción segunda ya apuntada y desdeñada por él. Fray Servando sólo nombra, en efecto, tres veces a Humboldt en la *Historia*; pero desde su curul de diputado más de una vez aludió al *Ensayo*, a su autor e incluso se atrevió a faltarles al respeto. Zavala, al igual que Mier, nombra asimismo poco al barón prusiano; mas el mismo Miranda reconoce que el título de la obra del yucateco “parece *inspirado* (cursivas nuestras) por el que lleva la de Humboldt sobre México” (p. 214): el “inspirado” que emplea Miranda está usado en la misma acepción utilizada por Pereyra. Más aún, la obra de Zavala acusa quizá cierta influencia estadística “proveniente probablemente del *Ensayo*” (p. 215), afirma Miranda. Si pasamos ahora al doctor Mora, el influjo humboldtiano se acrecienta. Miranda reconoce sin ambages que al escribir el doctor Mora su obra (*México y sus revoluciones*) lo que se propuso fue nada más y nada menos que esto: “actualizar el *Ensayo* y corregir sus errores” (p. 216). Y más adelante censura a Mora porque éste no da cuenta de todo lo que espiga en el *Ensayo* y ni siquiera lo cita cuando lo toma al pie de la letra (p. 218). Cuando Mora indica en su advertencia que su obra “es en el fondo histórica, estadística y filosófica”, está reaccionando (actualizando y corrigiendo) contra la obra de Humboldt, y en ese sentido podemos decir que el *México y sus revoluciones* está movido e inspirado en el *Ensayo político*. En relación con Alamán, indica el doctor Miranda que éste tampoco tomó gran cosa del *Ensayo*; empero la predilección que tuvo el guanajuatense por la estadística muestra acaso su frecuentación de dicha

obra (p. 220). Miranda nos hace observar asimismo que las noticias estadísticas que proporciona Alamán como apéndice de su *Historia*, “se parecen mucho a las que brinda Humboldt en su *Ensayo político*” (p. 221).

Visto todo lo anterior nos parece que la aceptación o el rechazo del *Ensayo* por parte de estos autores representativos señala no sólo la influencia (admitida por Miranda), sino incluso la inspiración (apuntada por Pereyra). Y para terminar este punto crítico recurramos nosotros ahora a un autor odiado por Pereyra y casi ignorado en el libro del doctor Miranda:<sup>3</sup> “Divisábamos –escribe Carlos María de Bustamante– el crepúsculo de nuestra independencia y la posibilidad de hacerla, luego que leímos por primera vez los escritos del sabio barón de Humboldt, y nos preguntábamos admirados unos a otros: ¿cómo es que nuestra patria abriga tantas riquezas y abunda en tantos recursos para ser de las primeras naciones del globo?”<sup>4</sup>

Don Carlos, dado su anárquico método histórico y su escaso espíritu ilustrado, fue sin duda el menos *inspirado* por Humboldt; sin embargo, la lectura del *Ensayo* tiene para él, como para tantos criollos de su tiempo, el valor de una revelación. Bustamante cobra conciencia, aunque exageradamente optimista, del ser de México y de sus posibilidades como nación; empero la posibilidad de esa conciencia se le confirma y reafirma tras la lectura del *Ensayo*. Desde este punto de vista no sería muy errado hablar asimismo de la inspiración humboldtista de Bustamante.

El quinto y último capítulo del libro (“Derivaciones del encuentro”, 13 p.) se refiere a las relaciones entre Humboldt y México durante la “luna de miel [de] 1821-1830” y al pensamiento del primero sobre el país desde el inicio de la Independencia. En relación con lo expuesto, el doctor Miranda alude a las ya conocidas muestras de agradecimiento de Alamán y Zavala hacia Humboldt, así como al reconocimiento oficial y público del primero para con el barón, que proyectó alguna vez residir en México, y se refiere asimismo al nombramiento honorífico de ciudadano que le confiriera el segundo. El autor analiza también lo que él denomina el “deber” de Humboldt para con México, consistente en las cartas de recomendación y en las informaciones desinteresadas que suministró más de una vez a los agentes o representantes europeos.

3 Sólo lo cita, de paso, dos veces (p. 25, 55).

4 En *Campañas del general don Félix María Calleja*, México, Imprenta del Águila, 1828, p. 4.



Toca por último el autor, de nueva cuenta, el punto de las relaciones epistolares entre Humboldt y Jefferson sobre el tema de la situación política de México. Por lo transcrito por Miranda se adivina más que se confirma que ambos se mostraban bastante pesimistas al respecto, en especial el norteamericano. Este tema final del capítulo se termina apresuradamente y su lectura nos deja la impresión, insistamos en ello, de que algo ha quedado, no sabemos si intencionalmente, trunco.

El lector tiene, pues, en sus manos una obra bien construida que conduce en derecha a la comprensión de Humboldt y a la valorización actual del famoso *Ensayo político*. La densidad y clarificación temáticas del libro nos han exigido esta extensa recensión; ojalá y que la lectura de la misma induzca a más de un lector a salir al encuentro intelectual directo con el valioso *Humboldt y México* del historiador José Miranda.